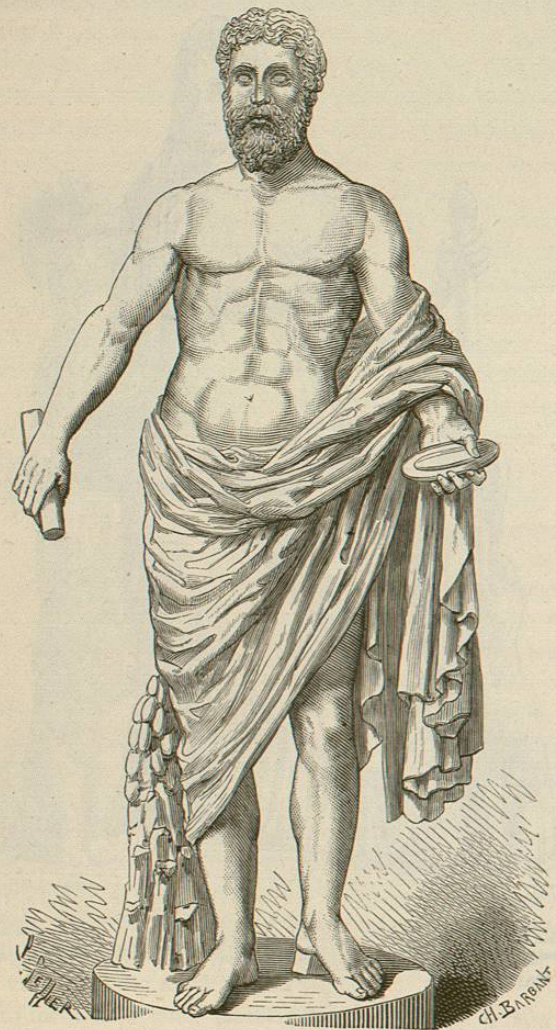


plazadas con los inmensos y magníficos toldos (*velaria*) del imperio.

Mientras su colega se ocupaba en estas piadosas atenciones y extremaba su solicitud por la comodidad del pueblo, recorría Lépido la Etruria, recogiendo en las poblaciones tan cruelmente castigadas por Sila hombres, viveres, armas, y llamando á su lado á los veteranos de Mario y de Carbón. El gobernador de la Cisalpina Junio Bruto se declaró por él. César que llegaba del Asia fué solicitado á seguir este ejemplo por su cuñado L. Cinna; pero ni el carácter del caudillo ni las fuerzas del pueblo le inspiraban mucha confianza, y esperó (1). Sin embargo, con la promesa de



Júpiter (2)

anular los actos de la dictadura, muy luego consiguió Lépido engrosar su ejército, y cuando, en fin, lo llamó el senado, ya inquieto, con pretexto de que abriera los comicios consulares, pero en realidad para asegurarse de su persona, dejó Lépido la toga, tomó su traje de guerra y marchó sobre Roma, precedido de la solemne declaración de que iba

(1) Sin embargo en 77 y 76 rompió las hostilidades contra los silanos acusando á dos de ellos, á Cn. Dolabela, antiguo gobernador de Macedonia, y á Antonio, que había oprimido cruelmente á la Grecia. En esto, no hacía más César que seguir el ejemplo de los jóvenes nobles, que empezaban siempre así; pero la elección de sus víctimas revela bien sus rencores.

(2) Grande y bella estatua de la colección T. Coke en el palacio de Holkham (Norfolk), grabada por Clarac (*Mus. de escult.*, p. 396 D, núm. 678 B). La serena expresión de su semblante, los cabellos ondulados regularmente, como también la patera que tiene en una mano y el cetro en la otra, le han dado el nombre de Júpiter propicio.

á restablecer al pueblo en sus derechos y á tomar el segundo consulado, es decir la dictadura.

Los padres conscriptos procuraron negociar; pero sus diputadas fueron recibidos tan mal que fué preciso resignarse á la lucha. La situación en Roma podía tener sus peligros. Un Cetego y otros jóvenes nobles arruinados recorrían los barrios de la ciudad habitados por la peor gente, prometiendo el próximo desquite. Los tribunos de aquel año, elegidos bajo el imperio de las leyes de Sila, eran flacos y tímidos personajes; pero si el ruido de las armas hacía callar á la ley, ¿no encontraría alguno de ellos, á la aproximación de Lépido, bastante audacia tribunicia para amotinar á la multitud poniendo al senado entre dos peligros?

Un senador á quien conocemos de mucho tiempo atrás levantó los ánimos con un discurso enérgico, que Salustio nos ha conservado, retocándolo menos acaso que los que de ordinario pone en boca de sus personajes. Filippo reprendió la irresolución de los senadores, que confiando en las predicciones de los augures, preferían amar la paz á defenderla. «¿No comprendéis, decía, que vuestra inercia os quita toda dignidad y á él todo temor? Y es justo, porque sus rapiñas le han valido el consulado, y sus sediciosos designios una provincia y un ejército. ¿Qué hubiera ganado en servir bien, cuando por sus maldades recibe tales recompensas? Ha despreciado vuestras embajadas y se ha burlado de vuestras palabras de paz y de concordia. En otro tiempo, ese Lépido no era más que un bandolero seguido de algunos perdidos, dispuestos á dar la vida por un mendrugo de pan. Hoy es nada menos que un procónsul del pueblo romano, que tiene un cargo conferido por vosotros mismos, tenientes á quienes la ley impone obediencia, y un ejército en que se han reunido los malos ciudadanos de todos los órdenes, esos hombres atormentados por la conciencia de sus crímenes. Para ellos la paz está en las turbulencias, el reposo en las sediciones, y siembran desorden sobre desorden y guerra sobre guerra. Ved á la Etruria ardiendo, á los españoles sublevados, á los sobrevivientes de nuestros últimos combates en movimiento; y Mitridates con la espada en la mano esperando el momento oportuno para herir.

»Las imposiciones de Lépido os turban y con razón. Quiere, según dice, que todos recobren sus bienes, y él retiene los de los demás; que se anulen las leyes impuestas por la fuerza, y por la fuerza quiere imponer su voluntad; que se devuelva el derecho *civitatis* y él mismo niega que nadie lo haya perdido; que para mantener la paz se restablezca el antiguo tribunal, y este tribunal ha sido la causa de todos los desórdenes. Si á las armas no oponéis más que palabras, procuraos el patronato de Cetego y sus iguales, dispuestos siempre á continuar el incendio y el pillaje. Por mi parte, creo que el interrey Apio, el procónsul Cátulo y los que tienen el *imperium* deben recibir encargo especial del senado para que velen por la salud de la república.»

El decreto pasó y Cátulo hizo ó renovó, dándole más extensión, la ley *de vi publica*, que prohibía el agua y el fuego á los autores de las violencias públicas; y al mismo tiempo multiplicó las levatas, que hizo fáciles y prontas el concurso de Pompeyo. Demasiado joven para pretender el consulado, y demasiado lleno de su gloria para consentir en llegar á él pasando por los cargos inferiores, Pompeyo cogió esta nueva ocasión de arrostrar las leyes sirviéndolas. Un decreto del senado lo nombró adjunto de Cátulo para el mando del ejército, del que fué el verdadero jefe. Las tropas proconsulares que reunieron muchos veteranos amenazados de restitución, se establecieron en el Janículo, en las colinas del Vaticano, y en el puente Milvio, para defender el paso del Tíber.

IV. — SERTORIO. — CONTINUACIÓN DE LA GUERRA CIVIL (80-73)

Conocemos ya á Sertorio, aquel sabino que fué, como Mario, hombre sin ascendientes ni posteridad, y como él también, mejor general que político. Habíase distinguido en la guerra de los cimbrós y sus largos servicios en la Galia hubieron de familiarizarlo tanto con la lengua y las costumbres de los bárbaros, que muchas veces penetró disfrazado en el campamento de los teutones para observar sus fuerzas y sus disposiciones. Durante la guerra social fué también el intermediario entre el senado y los galos italianos, á los que supo retener en la fidelidad. Luego solicitó el tribunal; los silanos le impidieron llegar á este cargo y esta oposición le hizo entrar para siempre en el partido de su antiguo general. Reservado en sus costumbres, de sobriedad africana, comiendo poco y á cualquier hora, bravo hasta la temeridad, por lo cual estaba acribillado de heridas y falto de un ojo, fecundo en arduos de guerra, de actividad infatigable, en fin, Sertorio tenía todas las cualidades necesarias al jefe de un ejército irregular, y sus antecedentes hacían de él la última esperanza de los maristas.

Después de la insurrección de los esclavos contra sus amos, de los plebeyos contra los grandes, de los italianos contra Roma, hemos visto á todos los pueblos de las partes orientales del imperio ayudar á Mitridates con sus votos ó con sus brazos á derribar una dominación odiosa. Por fortuna de Roma, se halló que si bien había unanimidad en el odio, no se supo tenerla igualmente en el consejo ni en la acción; y hubiera sucumbido bajo el peso del universo conjurado en su contra; pero triunfó necesariamente de enemigos que venían á herir al coloso á golpes sucesivos y desconcertados.

Después de la defección del ejército de Escipión, Sertorio pasó á España (82) con el título de pretor que debía á los maristas y que le daba autoridad legal en aquellas provincias. En esta ocasión estudió el país, sus recursos, el carácter de aquella valerosa raza, cuyas hijas elegían por sí mismas sus maridos entre los más bravos, siendo el preferido el que podía ofrecer á su novia la mano derecha de un enemigo muerto á las suyas; y se granjeó la voluntad de los naturales con su benevolencia, que contrastaba con la rapacidad, soberbia y tiranía de los gobernadores ordinarios. Había servido ya en la península como tribuno militar y merecido la estimación de los españoles, batiéndolos con una ingeniosa estratagemata.

Unos soldados romanos de guarnición en Cástula (Castellón) habían exasperado con su insolencia á los habitantes, los cuales llamaron en su ayuda á sus vecinos, y una noche les abrieron una de las puertas de la ciudad, y perecieron buen número de romanos. Sertorio se había escapado á tiempo y seguido de todos los legionarios que pudo reunir, dió la vuelta á la ciudad y volvió á entrar en ella por la puerta que los españoles se olvidaron de cerrar. Sorprendidos estos á su vez fueron pasados al filo de la espada, y el día siguiente, Sertorio con sus soldados, que se habían puesto la ropa y las armas de los bárbaros, corrió á la otra ciudad, cuya población salió sin desconfianza á recibir á los que creía amigos y no cesó la matanza, sino para vender á los sobrevivientes.

El caso hizo ruido y el nombre de Sertorio fué desde entonces famoso en España. Cuando se supo que iba á mandar allí en jefe y luego que se le vió disminuir los subsidios, dispensar á las ciudades de alojamientos militares, viviendo él y los suyos bajo la tienda de campaña, acudieron á sus filas muchos voluntarios. Fáciles á la ilusión, creían que aquel

El mediano personaje que se había hecho el heredero de Mario no había podido ocultar bastante tiempo sus proyectos, para poder organizar sus fuerzas, ni puso en la ejecución bastante rapidez para sorprender á sus adversarios. Acampado entre el Cremera y el Tíber, hacía entrar en Roma emisarios que procuraban determinar un tumulto; pero nadie se movió. El pueblo corrió á las murallas y á la margen del río á presenciar un espectáculo de un interés muy distinto para él de los combates de gladiadores: los dos ejércitos batiéndose enfrente del Campo de Marte.

La batalla duró poco: los veteranos de Sila y toda la nobleza cargaron con tanto ímpetu á los reclutas de Lépido que el ejército insurreccional quedó desbaratado y huyó con su jefe por la parte de Bolsena. Lépido estuvo por dirigirse á las montañas para ir á encender la guerra samnita; pero las maniobras de sus adversarios lo encerraron en la Etruria. Allí sufrió otro descalabro que lo rechazó hacia el mar, y mientras lo perseguía Cátulo con prudente lentitud, tuvo Pompeyo tiempo para correr á la Cisalpina, donde Junio Bruto se había encerrado en Módena. Falto de viveres y obligado por alguna traición, ello es que Bruto entregó la plaza, á condición de salvar la vida. Sin embargo, Pompeyo se la quitó el día siguiente. Un hijo de Lépido y un Escipión, acaso el cónsul del 83 que durante las proscripciones de Sila se había refugiado en Marsella, fueron cogidos en la ciudad liguriense de Alba y pasados al filo de la espada. Pacificada así la Cisalpina, á la manera romana, por el degüello, fué Pompeyo á reunirse con Cátulo, que acababa de batir á Lépido bajo los muros de Cosa.

Enfrente de esta ciudad se alza mar adentro el monte *Argentario*, promontorio escarpado por todas partes y unido al continente sólo por dos bancos de arena que encierran una laguna (1). Lépido los cortó y se encontró en una isla. Sin embargo, aquí no podía estar mucho tiempo falto de viveres. Pero una noche se embarcó para Cerdeña, con la idea de sublevar á sus habitantes mientras su teniente Perperna ganaría la Sicilia; desde aquí tenderían la mano á Sertorio y procurarían rendir por hambre á Roma provista por las dos islas.

Pero la fatiga y el pesar rindieron antes á Lépido, que hubo de caer enfermo, y luego una carta de su esposa lo acabó. Llegó á sus manos por un fatal descuido y no podía dejarle duda sobre la infidelidad de Apuleya ni sobre la estimación en que tenía á su esposo. «Este pobre hombre, escribía la infiel á su amante, no tiene sentido común.»

Algunos días después murió Lépido, y había terminado el primer acto de la nueva guerra civil (77).

Esta vez, el partido vencedor se honró con su moderación y templanza, y algunos años después, á instancia de César, concedió el senado una amnistía á los partidarios de Lépido.

Esta insurrección ligó á Pompeyo al senado que le devolvía su ejército. Cierto es que Cátulo le había ordenado que lo licenciara; pero él no hizo caso de la orden y el senado no se atrevió á insistir. En el partido de los nobles, no veía Pompeyo á nadie por encima de él; en el partido contrario, dado que sus jefes triunfaran, ¿lo admitirían á él en la repartición de sus conquistas? Ciertamente la reacción democrática lo hubiera hundido. Si un día debía operarse esta reacción, Pompeyo quería que fuera por sus manos y era muy buen ciudadano para querer que llegara lentamente, sin sacudimientos, sin nuevas proscripciones. Así pues aceptó el papel de ejecutor testamentario de Sila, y después de la intentona de Lépido, fué á combatir á Sertorio.

(1) Esta roca, que tiene 7 millas de larga por 4 de ancha, debe su nombre á las minas de plata antiguamente explotadas.

romano, proscrito en Roma, iba á combatir por su causa.

Entre tanto Sila no lo había olvidado y un numeroso ejército llegaba á la Galia á las órdenes de Anio. Un teniente de Sertorio, Livio Salinator, encargado de guardar los pasos de los Pirineos, rechazó al principio todos los ataques; pero fué asesinado por un traidor, y habiéndose desbandado sus tropas, Anio penetró en la provincia (81). Demasiado débil Sertorio para hacerle frente, tuvo que retroceder hasta Cartagena.

Sila triunfaba en todas partes: la tierra lo obedecía y rechazaba á los proscritos; sólo la mar estaba libre aún. Sertorio se embarcó con tres mil hombres y durante muchos meses divagó de las costas de España á las de Africa. Una vez sorprendió las islas Pitiusas (1); otra vez pilló el país en la embocadura del Betis.

Fatigado, empero, de esta vida precaria, que lo asemejaba á los piratas aliados suyos, pensó en retirarse de una lucha imposible y buscar lejos del mundo esclavizado una mansión tranquila en las islas Afortunadas. Pero sus soldados no tenían afición á las costumbres de la edad de oro y le hicieron abandonar este proyecto, de que sin duda había hablado sólo para provocar en ellos la resolución de seguir la lucha.

Los marusos, pueblo moro, estaban entonces sublevados contra su rey Ascalis, á quien había prestado ayuda un teniente de Sila. Sertorio batió á este príncipe y aun á sus auxiliares, y tomó al asalto la ciudad de Tingis (Tánger) que dominaba la entrada del Mediterráneo, desde donde se veía á España. A este país era á donde quería volver Sertorio. La fama de sus triunfos se había ya extendido y se añadían circunstancias maravillosas. Se decía que había descubierto el cuerpo del gigante Anteo y el único de los hombres que viera su osamenta, de sesenta codos de longitud. Con esto lo invitaron los lusitanos, oprimidos por Anio, á ponerse al frente de ellos. Sertorio aceptó, y pasando por en medio de la flota romana, descendió á la península con mil novecientos romanos y setecientos africanos. Los lusitanos pusieron á sus órdenes cuatro mil hombres de á pie y setecientos jinetes, y así, con menos de ocho mil combatientes se atrevió á declarar la guerra al dueño del mundo romano. Pero sus soldados tenían la más completa confianza en el que llamaban el nuevo Aníbal, en el general que sabía encontrar los recursos, donde otros no los veían, tener su ejército en la abundancia en países pobres, en la fidelidad á sus aliados, con exigirles mucho; que inquietaba al enemigo con la rapidez de sus marchas, y que reaparecía tan terrible el día siguiente de una derrota como la víspera de una victoria.

Sertorio desbarató desde luego al propretor de la Bética y uno de sus tenientes venció y mató al gobernador de la Citerior (80). Encargado Metelo por el dictador de atajar tan peligrosos triunfos, no pudo atraer á su contrario á una batalla (79); porque Sertorio, que conocía los pasos de las montañas tan bien como el más hábil cazador del país, había adoptado la manera de combatir de los habitantes, tan rápidos en el ataque como en la retirada. Habitados á aprovecharse de todos los accidentes del terreno, amenazaban al enemigo casi al mismo tiempo, á pesar de su escaso número, de frente, de flanco y por retaguardia; y Metelo, con su grueso y pesado ejército, no podía alcanzar á aquellos ágiles montañeses que hacían su campaña sin tiendas ni carros, que comían á la ventura, dormían al raso, que se encontraban en todas partes y en ninguna hacían frente.

(1) Hoy Ibiza y Formentera.

Podía pasear su pesada infantería de un cabo á otro de la provincia, porque los españoles, dirigidos por Sertorio, no atacaban sus trincheras construídas siempre á la antigua usanza romana, con su foso y su estacada; pero en realidad no poseía más que el recinto de su campamento y á duras penas podía abastecer á sus tropas.

Los ataques imprevistos de su enemigo, sus rápidos movimientos, sus audaces retos, desconcertaban al general metódico. Si cercaba una plaza, cortábale el enemigo los convoyes, y venía á encontrarse él mismo como prisionero en sus líneas; si pasaba un desfiladero, detrás de cada roca se levantaba un soldado que lanzaba sus dardos ó hacía rodar la misma roca, y huía ligero como el viento.

Sertorio daba á los suyos el ejemplo de la audacia: magníficamente armado, se le veía siempre en los puntos avanzados, reservándose los golpes más atrevidos y peligrosos. Un día retó á Metelo á un combate singular. Así, los españoles creían ver revivir en él al gran adversario de Roma que en otro tiempo enviara á sus padres Cartago.

A pesar de la seguridad que al principio había mostrado, Metelo se vió precisado á llamar en su ayuda al procónsul de la Narbonesa L. Manlio. A recibir y guiar las tres legiones y los mil quinientos caballos de refuerzo que le llegaban, envió Metelo á su cuestor con una división de su ejército. Pero Sertorio previno esta reunión: el cuestor y su división fueron derrotados, y cuando Manlio descendió de los Pirineos, fué tan completamente batido que tuvo que huir casi solo á Ilerda (Lérida).

El camino de la Galia quedaba abierto á Sertorio, pero un ataque de Metelo sobre Lacobriga en Lusitania hacia la embocadura del Duero, hubo de llamarlo atrás. El procónsul creyó haber tomado esta vez todas las medidas; pero la plaza no dejó de ser socorrida, y las legiones tuvieron que salir de la provincia.

A pesar de la presencia de este grande ejército, Sertorio era el verdadero dueño de España: él arreglaba las dife-



La cierva de Sertorio (3)

rencias de los pueblos y de los particulares, levantaba tropas, que alojaba en cuarteles, para que no pesara esta carga sobre los habitantes; fortificaba las ciudades y los pasos de las montañas, ejercitaba á los indígenas en la táctica romana, y sobre todo se aplicaba á granjearse su confianza.

(2) ILERT, en celtíbero, sobre la figura de un lobo. Reverso de una moneda de bronce de Ilerda. El lobo es un símbolo muy raro en la numismática antigua. (Nota de Cohen.)

(3) De una piedra grabada de la colección Maffei. (De Brosses, *Hist. de la Rep. rom.*, t. I, p. III, núm. X.)

Había sabido persuadirlos de que estaba en comunicación con los dioses. Una cierva blanca, que lo seguía á todas partes, era la intermediaria. Si había de llegarle secretamente una nueva importante, la cierva se aproximaba á su oído y le comunicaba el misterioso mensaje, que él repetía en alta voz y los hechos confirmaban muy luego. Esta mistificación bastaba á la credulidad de aquellos pueblos niños. Fuera de esto, merecía el respeto de los naturales por su solicitud en no permitir ninguna licencia ni demasia á los soldados romanos. Un día hizo matar á toda una

cohorte, que se había hecho odiosa con sus excesos; de esta manera no tenía límites la abnegación de los españoles á su persona, y como los caudillos aquitanos estaba siempre rodeado de una tropa fiel dispuesta á morir en su defensa.

No era, sin embargo, un ejército fácil de mantener en buen orden; pero Sertorio ponía todos los medios para conseguirlo. Un día, impacientes sus españoles de combatir, empeñaron una acción, á pesar de sus órdenes y fueron rechazados. El día siguiente los reunió y mandó traer dos



Moneda de Osca (1)

Moneda de Valencia (2)

Moneda de Iercavonia (3)

Moneda de Itálica (4)

caballos, conducidos el uno por un débil anciano y el otro por un robusto mozo, y manda á estos dos hombres que arranquen las colas á sus respectivos caballos. El joven agotó en vano las fuerzas de sus dos manos, mientras el viejo lo consigue sin esfuerzo arrancando las crines una á una. «Ya lo estáis viendo, les dice el caudillo; ya veis cómo la paciencia vale más que el ímpetu. Las cosas que no pueden hacerse de una vez, se hacen fácilmente poco á poco, una tras otra. El ejército romano es invencible siempre que lo atacemos de frente ó en masa; pero fácil de destruir, si lo combatimos en detalle.» Esta elocuencia en acción de que Aníbal se había ya servido, causó más impresión en los bárbaros que el mejor y más largo discurso: los españoles encontraban en su caudillo tanta sabiduría como valor y bravura.

La derrota de Lépidó en la Etruria valió á Sertorio un importante refuerzo (77); pues Perperna pasó á España con los restos aun considerables de aquel ejército: hubiera querido él obrar por su propia cuenta; pero sus mismos soldados lo obligaron á ponerse á las órdenes del más glorioso de los caudillos maristas.

Con Perperna pasaron también á España muchos senadores y otros romanos de distinción. Sertorio formó con ellos un senado de trescientos miembros, y para dar á entender, sin que cupiera duda, que permanecía romano en medio de los bárbaros, no admitió á ningún español en esta asamblea, lo mismo que les rehusaba los grados superiores en su ejército. Fué una falta, porque los españoles habían creído que aquel romano desterrado combatiría por ellos, y comenzaban á comprender que maristas y silanos, partido popular y partido aristocrático, no querían en el fondo sino una misma cosa: mantener en su provecho la dominación de Roma en las provincias. Sertorio había reunido en Osca (Huesca) á los hijos de las mejores familias para instruirlos en las letras griegas y latinas, y se complacía en ver sus adelantos distribuyendo á los más aplicados y hábiles las

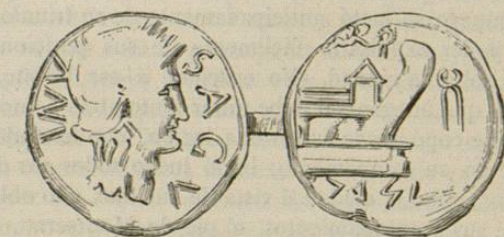
bolitas de oro que se daban en Roma á los hijos de los nobles por igual título. Los naturales habían considerado como un honor esta solicitud por sus hijos, en su concepto destinados á ocupar andando el tiempo los cargos de la república; pero ya en sus recelos hasta llegaron á temer que acaso retenían á los hijos en Osca como en rehenes de la fidelidad de los padres, y su celo se hubiera resfriado, si Metelo no diera comienzo á su gobierno con amenazas y derramas de nuevos impuestos.

Corneille hace decir á Sertorio:

Roma no está ya en Roma; toda entera está donde yo estoy.

El verso es bello, y tal vez el pensamiento que expresa fuera el mismo del desterrado; pero era una imprudencia descubrirlo demasiado.

A consecuencia de sus últimos triunfos, había sublevado Sertorio á los aquitanos, los cuales batieron á un procónsul y mataron á un pretor. Fácil le fué arrastrar también á la



Moneda de Sagunto (5)

Narbonesa, que últimamente había suministrado levas á Lépidó (6), y cuyos pueblos no eran adecuados para la obediencia. Uno de sus tenientes hasta fué á guardar los pasos de los Alpes, y recibió de Roma premiosas solicitudes para que descendiera á Italia, porque eran muchos, hasta entre los nobles, los que deseaban el cambio de un or-

(1) OSKA. Cabeza viril. Reverso: DOM. COS. ITER IMP., instrumentos de sacrificio. Moneda de plata de Osca, marcada con el nombre DOMICIO CALSINO, teniente de César en España.

(2) VALENTIA. Cuerno de la abundancia, rayos en aspa. Reverso de un bronce de Valencia.

(3) M. H. I. ILERCAVONIA DERT(osa). Barco á la vela. Reverso de un bronce de Tiberio, acuñado en Ilercaavonia.

(4) ITALIC(a) PERM(issa) AVG(usti). Águila legionaria entre dos estandartes militares. Reverso de una moneda de bronce de Tiberio, acuñada en Itálica.

(5) SAGV. INV(icta). Cabeza de Palas. En el reverso, la Victoria coronando una proa de barco; unas tenazas y una inscripción celtibérica. Moneda de bronce de Sagunto.

(6) César, *Bell. Gall.* III, 20, y *Fragm. de Salustio*. Había frecuentes agitaciones en esta provincia: hacia el 90, sublevación de los saluvios (Tito Livio, *Epit.* LXXIII); el 83, derrota de los galos por Valerio Flaco. La fecha de la derrota y muerte del pretor Valerio Precenino es incierta. M. Desjardins (*op. laud.*) la pone con razón hacia esta época.